

# LA SOCIOLOGÍA, EL PASADO, EL PRESENTE Y SU SITUACIÓN CONTEMPORÁNEA

Margarita Olvera Serrano\*

## LA INSTITUCIONALIZACIÓN DE LA CIENCIA MODERNA Y EL NACIMIENTO DE LA SOCIOLOGÍA

**P**ara tratar de examinar el itinerario intelectual de la sociología como disciplina científica de una manera que pueda ser significativa para las nuevas generaciones, se requiere de un trazo mínimo de las coordenadas espacio/temporales en las que surge y se desarrolla esta ciencia, así como una mención, así sea breve, de los supuestos implicados en esta reconstrucción/rememoración.

Toda disciplina científica implica un objeto, lugares, instituciones, un reclutamiento, un oficio, formas de socialización intelectual, ciertos procedimientos y una literatura que funge, en conjunto, como un patrimonio común de conocimiento a partir del cual se construye su identidad.<sup>1</sup> Justamente tal patrimonio es el centro de los procesos de transmisión intergeneracional de conocimiento que están implicados en la formación institucionalizada de los nuevos sociólogos. Los practicantes de las disciplinas

científicas tienden a conformar comunidades de conocimiento que comparten elementos a partir de los cuales definen el espacio de lo pensable, comprenden su sociedad y su propia historia. Paralelamente, van construyendo un campo intelectual en el que circulan un conjunto de tradiciones, de ideas a través del discurso oral, de textos, de ciertos soportes materiales para ellos (artículos, libros, pantallas, etcétera), así como de normas culturales específicas para cada uno de estos campos. Todo esto se encuentra inmerso en redes interactivas, en sistemas de sociabilidad intelectual y política a través de las cuales las comunidades de conocimiento establecen sus prácticas, definen los objetos de investigación que resultan (en determinados momentos) significativos, distinguen lo propio de lo ajeno, buscan seguridad ética y política, así como reconocimiento material y simbólico.

Se parte también del hecho de que uno de los rasgos típicos del conocimiento científico contemporáneo –tanto en las ciencias naturales como en las histórico-sociales– es la proliferación de especialidades, de sectores acotados de la realidad que son investigados en profundidad. La especialización es un proceso continuo y la historia de la ciencia muestra que un alto grado de

\* Departamento de Sociología, UAM-A.

<sup>1</sup> Michel De Certeau, *La escritura de la historia*.

diferenciación temática ha sido condición para el progreso en cada campo del saber.<sup>2</sup>

La especialización del conocimiento ofrece fuertes ventajas: el grado en que el conocimiento científico ha logrado develar la lógica empírica del mundo difícilmente hubiese sido posible de otra manera. Sin embargo, la especialización, al exigir gran cantidad de tiempo para una formación académica sólida, para consumir la abundante literatura, para la resolución de los problemas teóricos, metodológicos y empíricos que implica la investigación, obliga necesariamente a la desatención de otros campos y dificulta el acceso a la consideración de la especialidad dentro del conjunto de la ciencia y la cultura modernas.<sup>3</sup> La sociología contemporánea es un saber especializado que comparte también estos rasgos y prácticas, como lo sabe cualquier estudiante de esta disciplina. Pero siendo éste un carácter típico de la ciencia contemporánea, las sociales tienen sus propias peculiaridades al respecto.

En general, las especialidades de la ciencia natural comparten una especie de tronco común que posibilita cierta comunicación entre los diferentes sectores de una disciplina. La situación es distinta en el caso de las ciencias histórico-sociales que, en virtud de las diferencias teóricas, metodológicas e incluso ideológicas que segmen-

tan a los investigadores y practicantes profesionales de esta disciplina, suelen tener poco en común.

Las especialidades se estructuran bajo la influencia de estos elementos y muchas veces este peso es mayor que el de las diferencias de "objeto", por decirlo rápidamente. Por ejemplo, si un sociólogo recurre al estructuralismo, otro a la hermenéutica y uno más piensa que la investigación nada tiene que ver con *a-priori* o supuestos teóricos, sus posibilidades de comunicación son casi nulas, a pesar de que para todos ellos el estudio de la vida social es el objeto central de su quehacer. Además, suele ocurrir que se piense que la propia perspectiva es más pertinente que las otras, a las cuales tiende a descalificarse o simplemente ignorarse.

Esta práctica oculta el hecho de que aquello que tomamos como objeto de conocimiento es resultado de procesos de selección que tienen, indudablemente, una franja de arbitrariedad; que son entidades que reordenamos, clasificamos, explicamos o comprendemos desde una *perspectiva*, desde una ubicación espacio/temporal específica que delimita nuestras posibilidades de "ver".

En este sentido, algo deseable en las prácticas disciplinarias contemporáneas sería la conciencia de la propia situación, de la propia posición en el espectro amplio de las posibilidades analíticas de la sociología como disciplina, así como de una apertura potencial a aquellos marcos explicativos que han quedado *excluidos* de nuestro horizonte a través de los procesos de selección mencionados antes. En otros términos, es necesario tomar nota de la relatividad (que no relativismo) del conocimiento que tratamos de generar.

<sup>2</sup> El término especialización es poco preciso. Sin embargo, es posible acotar por lo menos tres de sus significados: a) proceso de adquisición de un amplio rango de habilidades, muchas veces tácitas, que difícilmente pueden catalogarse sistemáticamente y cuya finalidad es la producción de conocimiento intersubjetivamente válido; 2) un campo particular en el contexto de un mapa racional de conocimiento, y c) como vocación personal asociada al desarrollo de una carrera. Cf. John Ziman, *Knowing everything about nothing*.

<sup>3</sup> Jacques Monod, *El azar y la necesidad*.

La vida académica ofrece cotidianamente ejemplos de esta ausencia de comunicación. Frecuentemente los miembros de un mismo departamento o instituto tienen intercambios intelectuales limitados o francamente inexistentes. Si además tomamos en cuenta que los sociólogos conforman comunidades imaginadas (en función de las referencias compartidas), diferenciadas, múltiples que, además, se ubican en posiciones diferenciales en términos de reconocimiento, prestigio, recursos materiales y simbólicos, influencia, poder, acceso a los medios de comunicación oral y escrita más importantes de la disciplina, etcétera, tenemos más elementos para entender sociológicamente los problemas de dispersión y fragmentación que enfrenta nuestra disciplina.

En fin, si bien uno de los efectos indeseados de la especialización es el incremento de las posibilidades de fragmentación, también es cierto que en la investigación histórico-social existe la tendencia a recurrir cada vez en mayor medida a los patrimonios intelectuales de otras disciplinas, con lo cual la especialización se combina con un proceso de hibridación cognitiva que supone una apertura potencial a campos que rebasan ampliamente las fronteras de las ciencias sociales. Pero ¿cómo llegaron las disciplinas científicas a la especialización?

La ciencia se especializa sobre todo a finales del siglo XIX. La situación de diversificación del conocimiento científico que muestra este siglo puede apreciarse en contraste con la que impera en el siglo XVII, punto de arranque definitivo de la ciencia moderna bajo el sistema newtoniano. En esta época, la ciencia es una actividad no especializada, ejercida libremente por sacerdotes, monjes, aristócratas que trabajan in-

dividualmente y no forman un grupo social reconocido. La ciencia es, en ese entonces, una actividad escasamente diferenciada.

La fundación de la Royal Society en 1662 es considerada por la mayoría de los historiadores de la ciencia como el punto de partida de la conformación de comunidades científicas (sociedades eruditas, academias) autogobernadas, alrededor de las cuales la comunicación científica se conforma y consolida. A partir de la existencia de estas comunidades, la ciencia moderna tiende a considerarse una actividad organizada que procura formularse fines prácticos.

Como señala Robert K. Merton, reconocido sociólogo e historiador de la ciencia, desde un principio, los miembros de la Royal Society se preocuparon por justificar sus actividades (ante la corte y el público profano) y en cuanto pudieron trataron de mostrar los resultados prácticos de sus trabajos.<sup>4</sup> Con ello se impulsa un proceso de extensión de las comunidades de conocimiento que serían, simultáneamente, factores e índices de las transformaciones societarias que condujeron, dicho retroactivamente, a las sociedades modernas.<sup>5</sup>

Bajo estas coordenadas, en el Siglo de las Luces se amplía y universaliza el ideal técnico y se atribuye omnipotencia a la razón analítica, conjugando el ideal baconiano de una ciencia organizada por la fe revolucionaria con el de una ciencia que reformaría el sistema social en su conjunto. Se pensaba que, si a los avances de la ciencia natural había sucedido un progreso material, a la aplicación de los principios

<sup>4</sup> Robert K. Merton, *La sociología de la ciencia*.

<sup>5</sup> Para un extenso estudio histórico sobre la lenta emergencia de estas comunidades del saber en los siglos anteriores puede verse: Daniel Boorstin, *Los descubridores*.

de aquélla al examen de la historia y la sociedad, seguiría un progreso moral. Estas expectativas contribuirían, un siglo más tarde, a que la historia y la sociedad se convirtiesen en objetos de conocimiento bajo claves positivistas.

La universalización de las concepciones naturalistas implicó la institucionalización de la búsqueda de conocimiento útil basado en explicaciones causales, y esto llevó asociada la necesidad de un saber cada vez más específico acerca de los objetos y las leyes empíricas haciendo que la investigación tendiera más a la diferenciación. El siglo XIX es el siglo de la especialización, fundamentalmente como un principio de división y organización positivas del trabajo en la ciencia, alrededor del cual surgen las modernas divisiones disciplinares en las ciencias naturales, así como en las histórico-sociales.

En este siglo la ciencia crece y se academiciza. John Ziman señala que es sumamente difícil estimar la cantidad de personas que para ese tiempo contribuían a la investigación científica, ya que las listas están incompletas, pero estima que debió de haber ascendido a varios miles. Sin embargo, algunos datos parciales dan idea de cuán grande fue el incremento cuantitativo de la investigación: se estima que hacia 1870 existían en Europa aproximadamente alrededor de diez mil revistas eruditas.<sup>6</sup> De hecho, el crecimiento de la importancia de la actividad científica en la sociedad había alcanzado un grado tal, que surgió la necesidad de un nombre específico para referirse a la gente que se dedicaba a la ciencia. El nombre propuesto fue el de *scientist*.<sup>7</sup>

<sup>6</sup> John Ziman, *La fuerza del conocimiento. La dimensión científica de la sociedad*.

<sup>7</sup> P. Medawar, *Los límites de la ciencia*.

Se estima que en los últimos tres o cuatro siglos el número de investigadores ha seguido una tasa de crecimiento exponencial de modo que, habiendo iniciado con cifras reducidas, el crecimiento es tal que el número de científicos se duplica cada diez o quince años. Se calcula que en la segunda mitad del siglo XX ha vivido o vive el 90% de los científicos que han existido a lo largo de la historia. Obviamente el incremento demográfico dentro de la investigación científica por sí mismo no dice mucho, pero pensamos que puede ser tomado como un indicador del grado de consolidación de la ciencia en la sociedad moderna, así como de su reconocimiento social.

El proceso iniciado en el siglo XIX culmina en el XX, especialmente después de la Segunda Guerra Mundial, con un cambio cuantitativo y cualitativo en virtud del cual la ciencia deja de ser la vocación y el ideal de un reducido número de individuos para convertirse en una profesión abierta a gran cantidad de personas.<sup>8</sup> Este proceso pasa por la creciente diferenciación de los objetos y las *perspectivas* de investigación. La especialización y la profesionalización de los investigadores distribuye y

<sup>8</sup> Para muchos, este cambio implica una traición al *ethos* científico que idealmente se caracterizaría por la búsqueda desinteresada de conocimiento objetivo, independientemente de su potencial técnico. La especialización crea así un nivel de destreza y pericia que encarnará en la profesión. En palabras de Thomas Kuhn: "Los profesionales de la investigación constituyen una subcultura especial, cuyos miembros son la única audiencia y los únicos jueces de la labor de cada uno. Los problemas sobre los que trabajan estos especialistas no se presentan ya en la sociedad externa, sino como un desafío interno para aumentar el alcance y la precisión del ajuste entre la teoría actual y la naturaleza" Thomas Kuhn, "Historia de la ciencia", en *Enciclopedia Internacional de las Ciencias Sociales*, p. 319.

fragmenta el mundo de la ciencia. El físico, el químico, el sociólogo, el historiógrafo o el antropólogo, tienden a conformar comunidades, círculos restringidos donde el investigador construye su identidad como científico alrededor de un objeto acotado, así como de un lenguaje, publicaciones e instituciones propias a los que sólo tienen acceso los miembros de aquéllas. Cada investigador tendrá que apelar, para obtener reconocimiento, ya no a la sociedad de los intelectuales en general, sino al círculo restringido de especialistas, a sus pares.

De este modo, el sistema de referencias hasta entonces común se divide, remite a medios y lenguajes diferentes, se nutre de informaciones cuyos criterios, canales y destinatarios definen comunidades separadas unas de otras.<sup>9</sup>

El surgimiento de la especialización va de la mano de otro proceso: el advenimiento de las universidades como centros de producción institucionalizada de conocimiento. Particularmente importante, en este sentido, es la reforma al sistema de enseñanza superior que profesionaliza al científico e incrementa su número. Por ejemplo, en Alemania, en cuyas universidades los campos principales de investigación científica se convirtieron en disciplinas con metodologías y contenidos especializados, la reforma al sistema universitario que se da tras las guerras napoleónicas posibilita que el enfoque intelectual general, que no distingue entre filosofía, historia, literatura y ciencias de la naturaleza, se segmente en disciplinas especializadas: historia, lingüística, etcétera.<sup>10</sup>

<sup>9</sup> J. Solomon, *op. cit.*, p. 168.

<sup>10</sup> J. Ben David, "El desarrollo de la ciencia institucionalizada en Alemania", en Barnes, Barry et. al. *Estudios sobre sociología de la ciencia*, p. 51.

La relación universidad-especialidad hace que los casos de aficionados a la ciencia que operan fuera de esta institución disminuyan drásticamente, a favor de una tendencia que hace difícil realizar investigación individual a quien no forme parte de una institución o carezca de una formación especializada y debidamente certificada. De hecho, la institucionalización definitiva de las especialidades científicas tiene lugar cuando las universidades reconocen la importancia de éstas y establecen puestos estables para los científicos. Por ello una característica típica de la universidad moderna es su tendencia a abarcar toda la gama de disciplinas intelectuales.<sup>11</sup>

El crecimiento de la importancia social de la ciencia, la acumulación misma del conocimiento, así como la cada vez más estrecha asociación entre saber y poder, llevaron a la investigación por caminos cada vez más complejos. A lo largo del siglo XX, principalmente a partir de la Segunda Guerra Mundial, la ciencia deviene en práctica cada vez más especializada y subdividida. Esto ha modificado también la percepción que el sentido común tiene de ella: si hubo un momento en que despertó la esperanza de que ofrecería una imagen racional unitaria del mundo alrededor de la cual la sociedad podría reorganizarse, se asume la realidad de la existencia de un campo fragmentado por las especialidades

<sup>11</sup> Recuérdese que en el siglo XVII la Universidad no sólo era extraña a la idea de una ciencia especializada, sino hostil a ella. Para esta institución, la verdadera ciencia no descansaba en el intercambio entre experiencias sumadas a la razón, sino en el descubrimiento de los principios y las verdades inaccesibles a la experiencia. Es evidente que tal concepción era difícilmente compatible con el potencial técnico que subyace a la especialización. J. Solomon, *op. cit.*, p. 19.

e incapaz de ofrecer uniformidad, sentido o certezas.<sup>12</sup>

No es posible profundizar sobre las razones de este cambio en las expectativas sociales respecto de la ciencia, por lo que sólo mencionaremos que, evidentemente, esto tiene que ver con el contraste entre las expectativas generadas a la luz del optimismo ilustrado de corte positivista, dicho genéricamente, y los resultados reales de las acciones sociales y políticas orientadas por la ciencia moderna. Ya desde la sociología en sus etapas fundacionales, los clásicos habían llamado la atención sobre las consecuencias no previstas de la acción. En las condiciones de la modernidad contemporánea, y ya desde el siglo xx, había quedado claro que los proyectos y los resultados tienden a disociarse con el tiempo, por lo que historia y acción intencional no coinciden nunca.

Este cambio en las expectativas sociales respecto al conocimiento ha significado, paradójicamente, el ensanchamiento de las posibilidades para construirlo. Desembarazados de estas exigencias sociales, los científicos, particularmente los practicantes de las disciplinas histórico-sociales, han revisado, cuestionado y modificado sus prácticas y sus discursos en una dirección que, si bien no ofrece sentido, provee de herramientas para la reflexión.

<sup>12</sup> Sobre la dispersión, el desencanto y la búsqueda de certezas en fuentes diversas de la ciencia, véase: Rösen, Jörn. "Ilustración histórica de cara a la posmodernidad: la historia en la era de la Nueva Dispersión", en Silvia Pappe (coord.), *Debates recientes en la teoría de la historiografía alemana*.

## EL CUESTIONAMIENTO DE LOS MODELOS NATURALISTAS Y LOS PROCESOS DE HIBRIDIZACIÓN DISCIPLINAR

La sociología como disciplina y como profesión fue profundamente influida por los procesos descritos en el apartado anterior. Desprendiéndose de la matriz de la filosofía, la sociología surgió en el siglo xix como disciplina autónoma que tomaba como modelo los criterios epistemológicos de las ciencias naturales, por lo cual se abocó a la producción de un conocimiento objetivo de la sociedad, con base en procedimientos que se creyó estaban libres de subjetividad, de prenociones.

Bajo estas premisas se pensó que el quehacer del sociólogo habría de estar caracterizado por la objetividad, la cual implicaba un compromiso con la realidad empírica y con la verdad que se supone le correspondía; una radical separación entre el observador y lo observado; la idea de que los hechos sociales eran previos a cualquier interpretación e independientes de ella; la convicción de que existía una irreconciliable diferencia entre realidad y ficción; una idea no problemática del tiempo en la cual éste era algo objetivo y físico que transcurría linealmente, etcétera. El corolario obligado era que la verdad exigía la eliminación de la perspectiva y la subjetividad del investigador, con lo cual quedaba cancelada la posibilidad de que la historia acudiera a los procedimientos hermenéuticos, tratando de excluir así la subjetividad del investigador.

El desarrollo de una moderna ciencia sociológica de matriz positivista acumuló, a lo largo de la segunda mitad del siglo xix y buena parte del xx, un patrimonio de conocimiento disciplinario que fue su gran aportación. No obstante, el crecimiento y diversificación de estas comunidades, así

como los propios procesos de cambio de una sociedad que después de la Primera Guerra Mundial demostró que no se estaba modelando en compatibilidad con los grandes proyectos de reforma social del siglo XIX, condujo a un desgaste de esta corriente hacia finales de su segunda década.

La Primera Guerra Mundial, la Revolución soviética, el triunfo del stalinismo, el ascenso del fascismo, la Segunda Guerra Mundial y el incremento de la complejidad social, asociados al propio desarrollo interno de la disciplina histórica y sus comunidades intelectuales, comenzaron a poner en duda la imagen dominante del pasado como acumulación de progreso lineal, así como a cuestionar la posibilidad de obtener un conocimiento de la historia absolutamente objetivo y desprovisto de subjetividad. Paralelamente, el crecimiento cuantitativo de las instituciones y comunidades intelectuales dentro de las cuales se cultivaba, diferenciaron más los horizontes desde los cuales era posible estudiar la vida social.

Esto quiere decir que la pluralización del espectro analítico de la sociología, si bien tiene su propia historia interna, mantiene vínculos muy estrechos con el tipo de sociedad que la hace posible. En otras palabras, la multiplicación de las perspectivas desde las cuales es posible hoy acercarse al estudio de la vida social, no se explican sólo por razones disciplinarias y metodológicas, sino que éstas tienen un sustrato ontológico que es precisamente la sociedad en la que vivimos con nuestros congéneres; si ésta experimenta cambios, necesariamente el tipo de saber que se produce acerca de ella implica variaciones.

No es igual el tipo de preguntas, por ejemplo, que se hacían los sociólogos decimonónicos (o los sociólogos abogados

mexicanos de los años cuarenta), plenamente convencidos del avance de la razón y del conocimiento, que las que se hacen los investigadores del siglo XX después de varias revoluciones sociales, una gran crisis económica, dos guerras mundiales, una guerra fría, desastres ecológicos y la evidencia de que la ciencia no puede ser proveedora de certidumbres equivalentes a las de la tradición, como se pensó en el siglo XIX y una parte del XX. Con ello se multiplicaron también los acervos de conocimiento disciplinares y las prácticas mismas de los profesionales académicos y no académicos de las ciencias sociales.

Así, al interior de una misma comunidad intelectual, sea de historiadores, de sociólogos, de antropólogos o cualquier otra disciplina, existen diversos horizontes,<sup>13</sup> cada uno de los cuales está vinculado a perspectivas, temas, intereses, e incluso situaciones biográficas distintas que, en determinado momento, influyen en el tipo de preguntas que se hacen a la realidad social, en el modo como se selecciona dentro de un universo documental sumamente amplio, lo que es significativo y lo que no lo es, en las prácticas de lectura, escritura, comunicación, etcétera.

Los patrimonios de conocimiento cambian constantemente, se desarrollan, se fragmentan y, eventualmente se hibridizan dando lugar a nuevos campos del saber. Cada "fragmento" se combina con fragmentos de otras disciplinas inaugurando un territorio desde el cual se creará un nuevo patrimonio. Esto plantea problemas relativos a la identidad de las disciplinas

<sup>13</sup> Uso el término en el sentido que le atribuye Gadamer: ángulo de observación que delimita lo que es posible ver desde determinados puntos de vista. Hans Georg Gadamer, *Verdad y método*.

tradicionales y, en ocasiones, es considerado como algo negativo para la comunidad sociológica, pero la experiencia muestra que este proceso abre nuevos espacios para la reflexión y la investigación. El reto intelectual, en estas condiciones, es encontrar la manera de nutrirse de los desarrollos de otras disciplinas asumiendo que la hibridización es un hecho, y que eventualmente tienen lugar procesos de reestructuración de la identidad disciplinar. La producción de conocimiento es un campo abierto, sin dirección fija y en permanente construcción, señalaba ya Weber, hace más de cien años.

La pregunta es: ¿cómo pueden orientarse, bajo estas condiciones, los nuevos aspirantes a la práctica de la sociología como profesión y como disciplina? ¿Cómo pueden ubicarse en este complejo, híbrido y diferenciado campo jóvenes integrantes de una generación expuesta a una sobrecarga de presión perceptiva? ¿Cómo pueden encontrar la manera de nutrirse del conocimiento acumulado por la sociología y por las ciencias sociales sin quedar abrumados y confundidos por el exceso y la dispersión informativa?

No hay una sola respuesta a estas preguntas, pero indudablemente cualquiera de ellas implica el esfuerzo de esclarecer qué es la sociología como campo disciplinar, cuáles son las coordenadas generales que pueden servir como “mapa” para moverse dentro de sus acervos de conocimiento y, sobre todo, cuáles son las preguntas, las selecciones, los supuestos y los problemas empíricos que se desean formular, para producir un conocimiento nuevo y significativo sobre la vida social nutriéndose del conocimiento acumulado por las generaciones que nos han precedido, a fin de hacer inteligible la vida social en el

presente, sin olvidar que nadie innova a partir de cero y que, disciplinariamente hablando, siempre estamos en posición de herederos de tradiciones que es necesario conocer a fin de formar nuestro propio horizonte de observación.

### **SOBRE ALGUNOS PROBLEMAS PRÁCTICOS DE LA TRANSMISIÓN INTERGENERACIONAL DE CONOCIMIENTO: DISCIPLINA Y PROFESIÓN**

A partir de lo anterior podemos sostener que la sociología es una disciplina institucionalizada que tiene como propósito producir un conocimiento válido de la realidad social, en sus múltiples y variados niveles: procesos, estructuras, acciones, marcos de significación, etcétera. Como tal, implica un conjunto de espacios sociales institucionalizados, un reclutamiento intergeneracional y procedimientos acotados de socialización intelectual. En este último sentido quisiera agregar que considero que la sociología es, también, una tradición<sup>14</sup> que tiene como núcleo un patrimonio común de conocimiento (teórico, metodológico y empírico) a partir del cual se ha construido su fluctuante identidad a lo largo del tiempo a través del eje predecesores/contemporáneos/sucesores.

Esta cadena intergeneracional implica tanto el intento de transmisión de un conocimiento “acumulado”, como su reinterpretación e incremento a la luz de nuevas condiciones *societarias*. En el rutinario ir y venir disciplinar del canon clásico al pensamiento sociológico contemporáneo está

<sup>14</sup> Uso la noción de tradición en el sentido que le atribuye Paul Ricœur: lo transmitido por los predecesores a los sucesores.

contenido, precisamente, este vínculo entre lo anterior y lo actual; en otros términos: las tradiciones sociológicas existen como entidades abstractas, pero son reinterpretadas, difundidas, diseminadas, apropiadas, a partir de prácticas individuales y colectivas ubicadas espacial y temporalmente.

Pero la sociología es también una profesión que va más allá de lo académico, puesto que busca también generar conocimiento capaz de informar racionalmente diverso tipo de intervenciones en el mundo social. Nuestro quehacer cotidiano como comunidad académica condiciona el que, con cierta frecuencia, tendamos a pensar a la sociología básicamente como una disciplina. Pero el trato con las generaciones de futuros (e hipotéticos) practicantes a través de la docencia nos remite a una situación extradisciplinar en la que convergen preocupaciones intelectuales y prácticas que muchas veces entran en tensión con la dimensión propiamente disciplinar.

Esta tensión presenta dilemas que cada quien, a su manera, resuelve o intenta resolver en el salón de clases. Por ejemplo: ¿es más pertinente la elaboración de un mapa cognitivo básico, pero bien establecido, que permita la orientación del estudiante dentro del patrimonio cognitivo de la sociología en el compacto espacio de once semanas? ¿O sería mejor acotar las temáticas y profundizar más en tradiciones, perspectivas, estudios o propuestas que nos parecen (por razones diversas) centrales, aunque se excluyan otras que están contempladas en el programa oficial del curso? En este caso, ¿qué implicaciones tiene en el conjunto de la "coherencia" interna del programa de la licenciatura excluir determinados contenidos que son interdependientes con los de otros cursos? En otro tenor ¿es más adecuado que los estudian-

tes lean directamente a los autores, pongamos por caso, clásicos? ¿O tal vez, pedagógicamente hablando, sería más productivo para los alumnos trabajar con textos que contengan una presentación sistemática y ponderada de las perspectivas en caso? ¿O sería mejor una combinación de ambas? ¿Cómo tratar de estimular procesos de lectura y reflexión si las nuevas generaciones están más habilitados para tratar con fuentes visuales de información y tienden a ver el trabajo con los textos como una tarea difícil y árida que tiene pocas conexiones con su actual vida práctica? ¿Cómo tener trato intelectual con jóvenes que cuentan con plazos más amplios para incursionar en el mundo adulto de los que tuvieron las generaciones anteriores y que, en este sentido, se ubican socialmente en una especie de adolescencia tardía? Me parece que estas preguntas tienen pertinencia porque, institucionalmente hablando, la sociología encuentra su espacio de inserción privilegiado en las universidades y, en consecuencia, en buena medida se justifica ante la sociedad, en un sentido amplio, por su papel en la formación de practicantes profesionales de la misma y hay que tratar de dar algún tipo de respuesta práctica a este conjunto de problemas.

Por otra parte, como practicantes profesionales de la disciplina, nuestros estudiantes frecuentemente tendrán que trabajar en grupos integrados por individuos procedentes de campos vecinos: antropólogos, psicólogos, geógrafos, administradores, abogados, médicos, etcétera. Desde mi punto de vista, la realidad del ejercicio profesional no académico de la disciplina permite entrever un primer camino posible de solución parcial a la tensión entre disciplina y profesión: si el futuro sociólogo probablemente trabajará (claro, si logra su

inserción en el mercado laboral respectivo) en este tipo de grupos, necesariamente debe de contar con una formación disciplinar que le permita la adquisición de un patrimonio de conocimiento que sea, justamente, la base del intercambio que tendrá con profesionales procedentes de otras disciplinas y con un acotamiento institucional preciso. Sin una identidad disciplinar más o menos definida, no tendrá ninguna base de intercambio y ella se adquiere (o no) a través de los procesos de socialización intelectual que se experimenta justamente en la Universidad. Pero, por supuesto, un problema no resuelto desde los inicios mismos de la sociología como disciplina institucionalizada es precisamente el de la pregunta por su identidad.

Desde las décadas posteriores a la Segunda Guerra los resultados del curso empírico de los proyectos de modernización locales asociado al propio desarrollo interno de la disciplina y sus comunidades intelectuales, puso a una gran cantidad de sociólogos frente a la evidencia de que el conocimiento racional del mundo social no iba de la mano del “mejoramiento social” y, que en muchos casos, había favorecido más bien lo contrario. Se reeditaron discusiones que, iniciadas desde finales del siglo XIX, no habían tenido mayor influencia en el desarrollo disciplinar, especialmente aquéllas que, cuestionaban la posibilidad misma de obtener un conocimiento objetivo de la sociedad, en el sentido fuerte del término. Como vimos al principio, se pluralizó el espectro analítico de la sociología, se profundizaron sus subdivisiones; la cuestión de si esto ha significado avance, progreso, crisis, oportunidad, sigue dando lugar periódicamente a intercambios y debates dentro de la sociología.

En los lustros más recientes pocos dudan ya del aumento de la complejidad social como una tendencia societaria que condiciona una gran cantidad de ámbitos de la vida contemporánea: estructuras y acciones, procesos globales y locales, redes y flujos, son sólo algunos términos sociológicos de uso relativamente reciente para referirnos a aquélla. Para la sociología esto ha significado el reconocimiento de que en las sociedades modernas actuales no existen condiciones de “observación” efectuadas desde una posición unívoca: diversos puntos de vista, diversas preferencias conducen a una pluralidad de perspectivas que, a su vez, dan lugar a descripciones diferenciadas de la sociedad. Esta multiplicación de horizontes implica una diversidad analítica/interpretativa que ocupa el lugar de los discursos unívocos de lo social que fueron fugazmente hegemónicos en el pasado inmediato. Se amplía así la gama de perspectivas desde las que se trata de hacer inteligible lo social.

El problema es: ¿cómo establecer qué explicaciones/interpretaciones son válidas?, ¿cómo evitar la deriva interpretativa en la que todas las descripciones de la realidad serían igualmente válidas?, ¿cómo podríamos acceder a un “relativismo débil” capaz de generar conocimiento válido? Un examen sociológico de este problema tendría que aclarar, al menos, tres cuestiones: 1) ¿qué es lo que se relativiza? (la ontología, las razones, los valores, las costumbres, etcétera); 2) respecto de qué marco de significación se hace relativo lo relativizado (las teorías, los lenguajes, los conceptos, las subcomunidades, las culturas, etcétera) y 3) la fuerza o radicalidad con la que se relativiza algo respecto de un marco de referencia.

Me parece que esta cuestión incrementa su dificultad si tomamos en cuenta que el contexto actual en el que tienen lugar nuestras prácticas disciplinarias tiende a ser “transdisciplinar”, no sólo en el sentido de que los integrantes de un grupo de investigación, por ejemplo, de estudios urbanos, esté integrado por practicantes de distintas disciplinas. Los cortes trazados por las disciplinas hacia finales del siglo XIX para establecer su identidad, tienden a hacerse así más flexibles/porosos/difusos, aunque las adscripciones institucionales sean claras, específicas y hasta rígidas. Y sin embargo, seguimos hablando desde el “nosotros” de los sociólogos, desde el nosotros que traza una línea imaginaria dentro/fuera que delimita un “campo” intelectual “propio”. Habría que hacer el intento de establecer qué es exactamente lo que nos permite seguirlo haciendo, qué es lo que nos permite hablar desde el supuesto de la existencia de una “comunidad” en un contexto cognitivo plurívoco. ¿Tiene algún contenido tal “nosotros”? y, en caso afirmativo, ¿cuál sería? ¿O estamos asistiendo a un vaciamiento del término?

La pregunta se plantea en un contexto que supone una especialización que favorece procesos de fragmentación cognitivos, entendidos en un sentido muy básico como el alejamiento de las especialidades entre sí (en cuanto a sus objetos, lenguajes, prácticas, publicaciones, eventos, redes informales e institucionales, etcétera). El problema disciplinar al que se enfrenta la sociología en estas condiciones es ¿cómo mantener sus límites frente a otros campos de conocimiento igualmente especializados internamente?, ¿cómo situarse? La “identidad” es un término que trata de designar la consistencia y las fronteras imaginarias de nuestra disciplina a lo largo del tiempo.

Pero la identidad es una construcción simbólica y también un proceso abierto. Como sociólogos y como miembros del mundo común y corriente sabemos que las cosas no sólo son, sino que están siendo. Desde un punto de vista disciplinar la cuestión es ¿qué produce los cambios? y las respuestas posibles pueden ordenarse al menos en dos tipos: factores extradisciplinares y factores disciplinares. En el primer caso, las experiencias sociohistóricas cambian ya sea de manera paulatina (por ejemplo: en virtud de proyectos sociopolíticos) o súbita, en el sentido de que ocurren cosas que no habían sido previstas (por ejemplo: la caída del muro de Berlín en 1989 o la irrupción del terrorismo como una amenaza planetaria en el 2001) y que se perciben como sorpresivas. En el segundo, los cambios pueden ser de orden generacional (una nueva generación trata de construir su propia identidad rompiendo con la anterior a través de un cambio radical de énfasis, procedimientos métodos y hasta programas de estudio), de orden teórico y metodológico (por ejemplo, los debates de diverso signo que han recorrido la historia interna del pensamiento sociológico y que han redefinido, de variadas formas, su perfil disciplinar; los cambios resultantes del intento de hacer inteligibles los cambios societales, etcétera). Pienso que los sociólogos no deberíamos alarmarnos frente al desdibujamiento de las fronteras disciplinarias, sino verlo como una oportunidad de reducir la rigidez cognitiva y plantearnos la posibilidad de construir una identidad más flexible que incremente nuestra capacidad de adaptación y creatividad en un entorno extremadamente saturado de informaciones de diverso tipo y orígenes. Tal vez, habiendo conquistado ya autonomía institucional y práctica como disciplina, sea posible

acudir a patrimonios disciplinares distintos cuando nuestras preguntas, nuestras hipótesis, nuestros objetos de conocimiento puedan verse enriquecidos con ellos.

### **A MANERA DE CONCLUSIÓN: CÓMO INTENTAR HACER SOCIOLOGÍA LOCAL EN UNA ÉPOCA DE PRISA**

En los debates sociológicos contemporáneos acerca de qué tipo de modernidades están en curso y en qué se distinguen de las modernidades “iniciales”, se ha llamado la atención, a través de diversas estrategias, sobre el hecho de que una particularidad central (de las primeras) sería el “recorte” de los plazos de adaptación que los individuos y las instituciones tienen frente a los “cambios” (tecnológicos, institucionales, informacionales, etcétera). Desde mi punto de vista, las sociedades modernas contemporáneas representan un desafío a la sociología en varias formas: 1) A través de la experiencia de la percepción del incremento de la velocidad de los procesos de cambio, se plantea la pregunta sobre los factores o fuerzas que producen/condicionan este “plus” de aceleración social; 2) A través de la pérdida de significación de la experiencia de las generaciones anteriores como fuente de orientación para la vida práctica, se plantea la cuestión de qué nexo cabe aún establecer entre la experiencia social de los predecesores y la nuestra? En esta zona se ubicaría el problema de las tradiciones intelectuales de la sociología y cómo situarse frente a ellas, a fin de integrar conocimiento, pero también significación y orientación. Esto último, en el sentido de que la sociología tiene que continuar siendo productora de conocimiento empírico, pero sin perder su capa-

cidad de interpretar y orientar ese conocimiento. La capacidad de interpretación sirve de poco cuando el conocimiento empírico es pobre y, a la inversa, un saber sociológico cada vez más amplio “cojea” si carece de un criterio mínimo de orientación intelectual, especialmente en una época en la que la multiplicación de la información tiene lugar en una escala geométrica, inabarcable para cualquier individuo (el exceso informativo condiciona que los sociólogos tengamos franjas de desconocimiento obligado y, en consecuencia, que necesitemos tener mayor claridad respecto de nuestros criterios de selección). 3) A través de la necesidad de redefinir/renovar las herramientas de la disciplina, a fin de hacer inteligibles las formas de vida y las estructuras de nuestras sociedades, en las que confluyen lo viejo y lo nuevo, las estructuras de repetibilidad y la contingencia. Y hacerlo, además, sin omitir el hecho de que estos procesos de cambio tienen ritmos diversos que no se agotan en la duración del tiempo de una generación, por lo que es necesario investigarlos no sólo sincrónica, sino diacrónicamente.

Por último, a nivel local, todos hemos experimentado en los últimos lustros, un incremento de la presión institucional sobre el trabajo grupal e individual, de los condicionamientos para producir cada vez más en plazos cada vez más cortos, así como una multiplicación de las tareas que se espera que hagamos. Uno de los resultados de ello es una indudable transformación de nuestras prácticas. Para un practicante de la sociología académica al parecer ya no es suficiente tener un proyecto de investigación que pueda ir madurando y una docencia “suficientemente buena”; ahora además, estamos condicionados para ser gestores/administradores/informadores —y

en los niveles más altos de la jerarquía burocrático/disciplinar, también asesores de diversos tipos de comités institucionales— así como a tratar de ajustarnos a indicadores en cuanto a grados, diversos tipos de certificación, productividad, etcétera, a través de evaluaciones constantes que pierden de vista que aquéllos no son directamente la realidad del trabajo disciplinar. La percepción es que cada vez tenemos más cosas que hacer en menos tiempo. Si consideramos además que el ritmo de la producción de informaciones “nuevas” en nuestros campos es cada vez más rápido como se dijo antes (ediciones, traducciones, publicaciones de diverso tipo, eventos, coloquios, congresos, nuevos sitios en Internet, etcétera) me atrevo a plantear la siguiente pregunta: ¿esto favorece o dificulta la producción de conocimiento válido y pertinente? ¿Todo lo que publicamos realmente tendría sentido publicarlo si las condiciones institucionales fueran distintas? ¿Cuántas veces nuestro trabajo es hijo de la prisa?

Esto representa un conjunto de condicionamientos por todos conocido, pero condicionamiento no es determinación y cada grupo, cada individuo tiene que elegir su nivel de “ajuste” a dichas exigencias. Y de hecho, así sucede, por eso tenemos trayectorias tan variadas dentro de nuestros contextos institucionales, así como jerarquías, reconocimientos, recompensas materiales y simbólicas diferenciadas.

La universidad establece como deseables determinadas tareas, pero como practicantes de la sociología académica, tomamos decisiones que entrelazadas delimitan un estilo de trabajo y una trayectoria intelectual específica: ¿se da preferencia a la docencia o a la investigación?, ¿se elige entre una carrera académica con

un ritmo acelerado o intermedio, en términos de productividad institucional?, ¿se da mayor peso a las actividades individuales o a las colectivas?, ¿ponemos nuestra idea de logro en los indicadores total o parcialmente?, ¿hacemos pausas para el trabajo de gestión frente a la docencia y la investigación o nos autodefinimos exclusivamente como profesores/investigadores?, ¿dedicamos tiempo a los estudiantes fuera del salón de clases o no?, ¿estamos dispuestos a reservar tiempo a tareas que no tienen una retribución baja o ninguna en el tabulador aunque sean importantes, disciplinariamente hablando?, ¿qué margen de autonomía podemos tener como practicantes de la sociología en estas condiciones?, ¿cómo conciliar las necesidades institucionales tal y como se definen en el campo de las políticas públicas, con las que podríamos llamar “disciplinarias”?

En este escenario, quisiera destacar la creciente importancia que se ha ido atribuyendo a la producción escrita frente a la oralidad. En términos gruesos tiende a identificarse lo escrito como un producto de la investigación (aunque ocasionalmente se investiga para la docencia e igual se producen textos destinados a ella) y la oralidad con el trabajo docente. Esta distinción práctico/institucional supone una valoración diferencial en la que se asigna mayor peso a lo escrito. O más bien, a lo publicado. Es claro que los libros, los artículos, los impresos en general, se acumulan y que las comunidades sociológicas toman este hecho como un índice de profesionalización que hace de la disciplina algo diferente de las etapas anteriores, en las que la oralidad tenía mayor peso. La pregunta es ¿para qué y para quién publicamos?, ¿qué buscamos con ello?, ¿tienen lectores reales esas publicaciones?

La tendencia a la prisa y la orientación hacia la escritura ha ido modificando también nuestros modos de leer como comunidad disciplinar. Nos hemos vuelto lectores "intensivos" más que extensivos; recortamos el universo de lecturas posible de modo pragmático y, si acaso, tomamos nota de lo que no tenemos tiempo de leer para diferir esta tarea hacia un futuro cada vez más remoto que nunca parece llegar (las vacaciones, el periodo intertrimestral, el sabático).

La percepción de que el tiempo no es suficiente nos ha conducido también a leer de otro modo, por ejemplo, las "citas", a las que adjudicamos cada vez más importancia como fuentes de autoridad intelectual que sostienen lo dicho en el texto y, en algunos casos, como indicador en las evaluaciones institucionales. Si no podemos leer todos los libros completos que deseáramos, al menos nos asomamos a la zona de las citas, así como a los "abstracts" de los artículos de publicación reciente.

No quiero, en modo alguno, demeritar la importancia de la escritura y la publicación dentro de la sociología, sólo plantear si efectivamente podemos seguir tomándola como criterio indudable de desarrollo disciplinar o si sería adecuado preguntarnos qué implicaciones están teniendo en la docencia y en la investigación en el contexto de nuestras instituciones en particular. Son preguntas abiertas que no tienen aún una respuesta pero que pienso podrían tenerla a través de una autorreflexión disciplinar sobre las transformaciones que han tenido nuestras prácticas en los últimos lustros ■

## BIBLIOGRAFÍA

- Barber, B. "Sociología de la ciencia", en *Enciclopedia Internacional de las Ciencias Sociales*, t. 2, Madrid, Aguilar, 1979.
- Barnes, B., Merton, R. et al. *Estudios sobre la sociología de la ciencia*, Madrid, Alianza, 1980.
- Becker, H. "Sociology in the 1990's", en *Society*, vol. 50, núm. 1, 1992.
- Ben David, J. "El desarrollo de la ciencia institucionalizada en Alemania", en Barnes, B., Merton, R. et al. *Estudios sobre sociología de la ciencia*, Madrid, Alianza, 1980.
- Boorstin, Daniel. *Los descubridores*, Barcelona, Crítica, 1989.
- Dogan, M. Pahre, R. *Las nuevas ciencias sociales*, México, Grijalbo, 1993.
- De Certeau, Michel. *La escritura de la historia*, México, UIA, 1987.
- Hagstrom, W. "Científicos", en *Enciclopedia Internacional de las Ciencias Sociales*, t. 2, Madrid, Aguilar, 1979.
- Horowitz, Irving. *Professing sociology. Studies in the life cycle of social science*, Illinois, Southern Illinois University Press, 1968.
- Kuhn, Thomas. "Historia de la ciencia", en *Enciclopedia Internacional de las Ciencias Sociales*, t. 2, Madrid, Aguilar, 1979.
- Medawar, P. *Los límites de la ciencia*, México, FCE, 1988.
- Monod, Jaques. *El azar y la necesidad*, Barcelona, Planeta, 1993.
- Paoli, F. et al. *Origen y desarrollo de las Ciencias Sociales*, México, Porrúa-UNAM, 1990.
- Pappe, Silvia. *Debates recientes en la teoría de la historiografía alemana*, México, UAM-A, 2000.

Solomon, J. *Ciencia y política*, México, Siglo XXI, 1974.

Vidich, A. *Tensiones disciplinarias y compromisos profesionales*, México, UAM-A, 1984.

Ziman, John. *La fuerza del conocimiento. La dimensión científica de la sociedad*, Madrid, Alianza, 1980.

———. *Knowing everything about nothing*, Cambridge University Press, 1987.